

rique haber olvidado mis servicios? No se acuerda ya del sitio de Amiens, donde tantas veces me vió cubierto de fuego y de plomo? No me ha amado sino mientras me ha creído necesario, y apaga la tea en mi sangre cuando ya no le sirve. Mi padre padeció por ponerle la corona en la cabeza: yo he recibido cuarenta heridas por sostenerla; y él en recompensa me manda segar la garganta! A vosotros, señores, á vosotros toca impedir una justicia que deshonoraría su reinado, y conservarle un buen servidor, así como un grande enemigo al rey de España.”

Terminado este discurso, el mariscal fué vuelto á llevar á la Bastilla, por el mismo camino y con las propias precauciones con que lo habian sacado de ella. Mostrábase muy satisfecho de lo que habia hablado, y de la impresion que sus palabras habian producido al parecer en el auditorio, si bien no desconocia la decision del canceller. Este, en efecto, luego que salió el acusado, habia tomado la palabra para sostener la acusacion, y esforzándose en demostrar que consideraciones personales, por importantes que fueran, no debian imponer silencio á la conciencia de los jueces, ni salvar al culpable de una condenacion merecida. Pronuncióse seguidamente el fallo, que declaraba á Biron convicto del crimen de lesa magestad y atentado contra la persona del rey, y lo condenaba á ser decapitado en la plaza de Grève.

El dia señalado para la ejecucion, Mr. de Sillery y tres relatores pasaron á la Bastilla, seguidos de los porteros de las salas y de los ugieres. Al atravesar el patio, la muger del conserje de la fortalez llamado Aumigny, que los acompañaba, se puso á llorar y á gemir. Oyéndola se asomó Biron á la ventana, y conociendo de lo que se trataba, exclamó:

—Qué injusticia! . . . condenar á muerte á un inocente! . . . Venis á notificarme la sentencia, señor canceller? No soy culpable de lo que se me acusa.

El canceller pasó sin contestar ni alzar la cabeza, y luego mandó que se condujera al sentenciado á la capilla, situada debajo del cuarto que ocupaba el mariscal. Biron se ecsaltó entónces, y durante una hora no cesaron sus gritos, amenazas é imprecaciones.

—Cómo, señor,—dijo con vehemencia, cuando se le acercó el canceller,—con esa cara de hombre honrado habeis permitido que se haya fallado contra mí tan indignamente? . . . Ah! si no hubiérais manifestado á los jueces que el rey deseaba mi muerte, no me hubieran condenado! . . . Señor! . . . Señor! . . . vos habeis podido impedir ese mal, y no lo habeis hecho! Dios os lo tomará en cuenta! . . . Sí; para su presencia os emplazo dentro de un año, á vos y á todos los que me han sentenciado á la última pena.

Y al hablar así daba fuertes golpes al canceller en el brazo.

—Ah!—agregó—qué bien tan grande hace hoy Enrique al rey de España, quitándole un enemigo tan temible como yo!

Al fin pareció que se sosegaba algo. El canceller aprovechó aquel instante, para escitarlo á que no pensara ya sino en Dios y en la eternidad, y le pidió de

parte del rey que le entregase sus insignias. Biron las sacó de la bolsa, envueltas en su cordon azul, pues no se las habia puesto desde que lo redujeron á prision, y dijo al entregarlas:

—Tomadlas: juro por mi salvacion que nunca he infringido los estatutos de la Orden.

Volviéndose en seguida á un doctor llamado Garnier, que se le habia enviado en union del cura de San Nicolas de los Campos para ofrecerle los consuelos de la religion, añadió:

—No necesitaba vuestra venida, ni os costará trabajo confesarme. Lo que digo aquí en voz alta es mi confesion. Hace ocho dias que me estoy confesando á todas horas; y anoche, sin ir mas léjos, veia el cielo abierto, y me parecia que Dios me tendia los brazos. Los carceleros me dijeron esta mañana que pasé gritando toda la noche.

Renaciendo despues su enojo contra Lafin, que lo habia vendido, exclamó:

—¿Será posible que no consienta el rey que mis hermanos hagan formar causa á ese malvado? Por Dios vivo y por mi salvacion juro que ese infame traidor me ha perdido, y que me quitan la vida por salvar la suya.

“Proferia estas palabras con tanta animacion,” dice un autor de la época, “como si estuviera arengando á la cabeza de un ejército al ir á entrar al combate.”

Al retirarse el canceller, pidió Biron que no lo atara el verdugo, lo que le fué otorgado. Entónces se acercó el escribano para decirle:

—Señor, debo leeros vuestra sentencia, y es necesario que hagais actos de humildad.

—Estoy conforme, amigo mio: ¿qué quieres que haga?

—Poneos de rodillas.

El mariscal se aprosimó al altar, en el que apoyó el codo, teniendo su sombrero en la mano, y se puso de hinojos. Escuchó al principio con calma la lectura del escribano; pero al oir estas palabras: “Por haber atentado contra los dias del rey,” lo interrumpió, diciendo con voz fuerte:

—Eso es falso: suprimidlo.

Cuando el escribano llegó á la parte en que se mandaba que la ejecucion se verificara en la plaza de Grève, lo volvió á interrumpir para exclamar:

—Cómo! á mí en la plaza de Grève!

—Ya eso está remediado,—contestó el escribano;—será aquí dentro: el rey os otorga esa gracia.

—Vaya una gracia, replicó el mariscal con desden.

Por último, al leer el escribano el artículo que declaraba todos sus bienes confiscados y el ducado de Biron reunido á la corona, dijo:

—¿Quiere el rey enriquecerse con mi pobreza? La tierra de Biron no puede ser confiscada: yo no la poseia por sucesion, sino por sustitucion. A qué quedarían reducidos mis hermanos? . . . El rey debería contentarse con mi vida.

Entretanto el cadalso se había levantado en uno de los extremos del patio. “Era,” dice el autor antes citado, “de cinco piés de alto, sin adorno alguno, y “con una escala al pié.” A las cinco dijo el escribano al mariscal, que era ya tiempo de bajar, lo que hizo Biron con paso firme, y así pasó resueltamente por entre los soldados, los oficiales y los magistrados que llenaban el patio. Llegado al pié de la escala, tiró su sombrero, se arrodilló, rezó una corta oracion, subió al cadalso y se quitó su ropilla, declarando de nuevo en alta voz, que si bien era cierto que había delinquido, nunca había pensado en atentar á la vida del rey. Despues de recibir la absolucion del sacerdote que lo ausiliaba, se volvió á los soldados que custodiaban la puerta principal, y exclamó:

—Ah! cuánto agradecería á cualquiera de vosotros que me matase de un balazo!

El escribano le manifestó en aquel punto que era preciso leer la sentencia.

—Ya la oí en la capilla,—respondió el condenado.

—Señor, debo repetir aquí su lectura.

—Leedla, pues, leedla.

Terminada aquella lectura sorda, el mariscal se vendó por su mano los ojos y se arrodilló para recibir el golpe mortal; pero de repente se arrancó el pañuelo, y dirigiendo una mirada amenazadora al verdugo, que se acercaba para atarle las manos y cortarle el pelo:

—¡Que nadie se acerque!—gritó parándose con presteza,—no lo permito; y si se me ecaspera, acabo con la mitad de los presentes. “Cuyas palabras,” dice el repetido autor, “hicieron que mas de uno de los que ceñian espada, buscaran asustados por donde escapar.”

El mariscal se sosegó en el acto, y viendo á Baranton, que lo había custodiado durante su cautividad, le rogó que se aprocsimara á vendarle los ojos y á remangarle el pelo, como se efectuó sin demora.

—Despacha! . . . despacha!—dijo entónces Biron al verdugo.

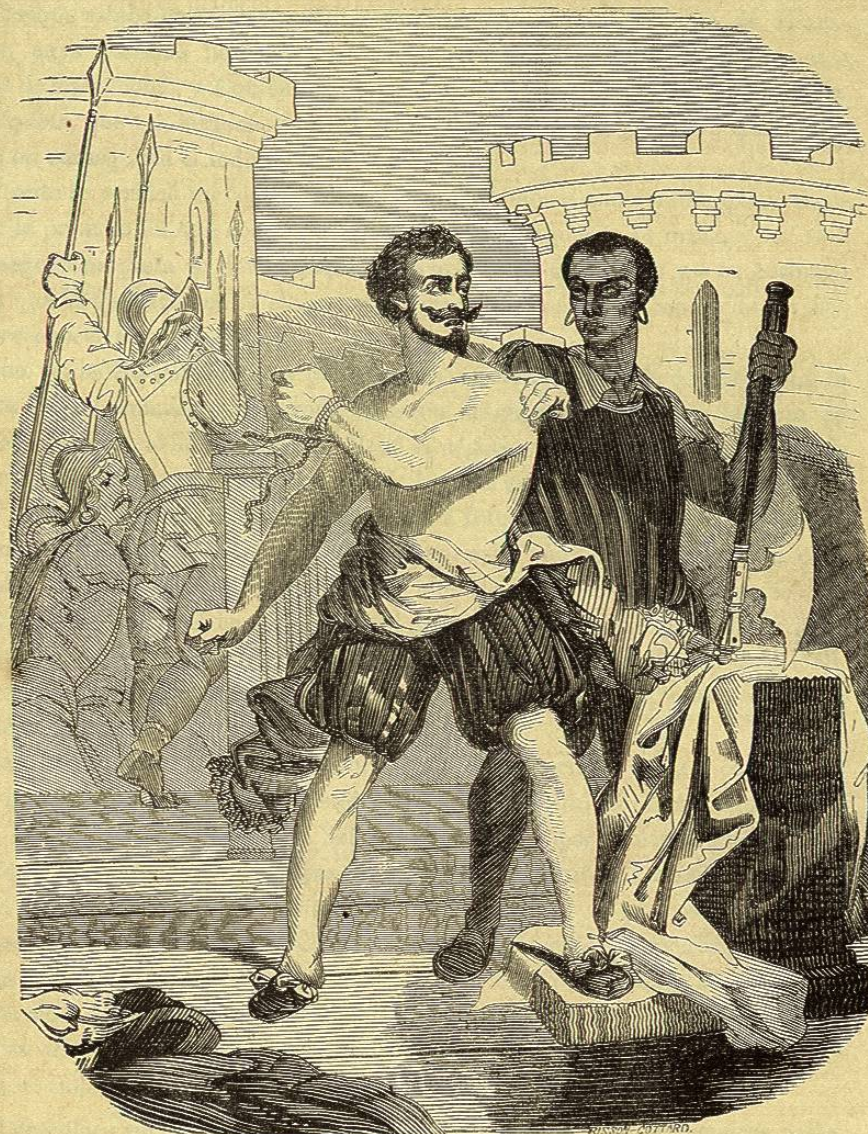
—Señor,—le contestó este,—hay que rezar el *In manus*.

No bien había pronunciado estas palabras, cuando cogió la espada que le presentaba su criado, y de una cuchillada tan rápida, que no se vió pasar la hoja, hizo volar hasta en medio del patio la cabeza del reo, que fué luego recogida y colocada en el cadalso. El cuerpo, cubierto inmediatamente con un paño negro y blanco, fué enterrado la misma noche en la iglesia de San Pablo.

Así pereció el 30 de Julio de 1602, aquel hombre, á quien su valor había elevado tanto, y á quien su ambicion debía perder.

“Era de estatura mediana,” dice el historiador Mezeray, “de mucha corpulencia, de pelo negro y ya entrecano, de rostro sombrío, de conversacion brusca, “de ojos sumidos, de cabeza pequeña y de poco seso sin duda, como lo comprueban á las claras sus designios extravagantes, su conducta aturdida, y la “loca pasion que tenia al juego, en el que perdió mas de cien mil escudos.”

Entre los personajes comprometidos en el proceso del duque de Biron, se



contaba al conde de Auvernia, jóven ecsaltado, fogoso, que se habia precipitado de bruces en la intriga, mas bien por su carácter aventurero y por una irresistible necesidad de hacer algo, que por ambicion ó con la mira de servir á un partido cualquiera. Como Biron, habia sido encerrado en la Bastilla y sentenciado; pero el rey lo perdonó.

Enrique estaba entónces perdidamente enamorado de Enriqueta de Entragues, cuya posesion no habia podido obtener sino dándole por escrito una promesa de matrimonio, y á quien hizo marquesa de Verneuil cuando le dió un hijo. Enriqueta, que era hermana uterina del conde de Auvernia, no tuvo gran trabajo en conseguirle el indulto.

Pronto se verificó un cambio completo: el rey, mènes enamorado, quiso recobrar la promesa en que con tanta imprudencia habia puesto su firma, y no solo se negó Enriqueta á devolvérsela, sino que llamó á su padre y á su hermano para que la ayudaran en la ejecucion del proyecto que habia concebido de hacer reconocer á su hijo delfin.

Con verdadero entusiasmo y de todo corazon abrazó el conde de Auvernia la causa de su hermana, y renovando todas sus antiguas relaciones con la corte de España, con maravillosa celeridad llevó el negocio tan adelante, que la conspiracion llegó á ser en poco tiempo una de las mas estensas y formidables para el rey. Miéntras los españoles se preparaban á franquear las fronteras d'Epernon, el duque de Bouillon y el duque de Montmorency, que figuraban entre los conjurados, se apoderaban de los puntos mas importantes, y recludaban tropas.

Todo estaba listo: el hermano de Enriqueta se habia retirado á Auvernia, cuya poblacion le era adicta, y de Entragues se habia encerrado en su castillo de Marcoussis, el mismo en que Montagu habia enterrado las riquezas robadas á Carlos VI.

Pero es raro que triunfen en Francia ni las conspiraciones mejor concebidas, mas larga y cuidadosamente combinadas. Sucede aún en esos casos en este pais, que si se trabaja mucho, se habla mas todavia, y por hablar se frustra todo. Enrique IV, convalesciente apénas de una grave enfermedad, durante la cual le habia arrancado Enriqueta d'Entragues la autorizacion de retirarse con su hijo á Cambray, en poder entónces de los españoles, no tardó en descubrir toda la trama urdida en su contra. Dióse al punto la órden de prender al conde de Auvernia y al de Entragues; en cuanto á Enriqueta, el rey, que no habia dejado de amarla, se contentó con ponerla presa en su casa, esperando que no tardaria en implorar una gracia, que Enrique ansiaba otorgarle.

El desenlace sin embargo se hizo esperar mas de lo que el monarca habia pensado. El primero que cayó prisionero fué el conde de Auvernia, á quien por segunda vez se metió en la Bastilla: en seguida se prendió al conde de Entragues en su castillo de Marcoussis; pero la promesa de matrimonio firmada por el rey no estaba destruida y ese documento era el que le importaba á Enrique recobrar, pues bien comprendia que ni la muerte de los principales conjura-

CAPITULO

ALFONSO
U. A. N. L.

dos lo pondría á cubierto. No sabiendo á qué santo encomendarse para salir con bien, y conociéndose demasiado débil para hablar como amo á su querida, á pesar de estar presa por orden suya, mandó sacar de la Bastilla en secreto y comparecer en su presencia al conde de Auvernia, á quien ya otra vez habia perdonado la vida.

—Parece, señor conde—le dijo—que habeis jurado á Dios andar siempre en turbulencias y traiciones, sin pasar pena por vuestros deudos? Por mas encerrado que esteis en la Bastilla, no podeis ignorar que tenemos en nuestras manos al conde, á vuestro suegro, y á otra persona que es vuestra predilecta, y sobre quien recaen vuestras faltas; os consta por otra parte que el rey Enrique tiene un corazon noble y generoso, puesto que os ha salvado de la muerte. Esto supuesto, quiero, señor conde, que haya paz entre nosotros y que no saqueis al *Victorioso* de sus casillas.

El *Victorioso* era un sobrenombre que Enrique gustaba de aplicarse, aunque no le sentaba en semejante ocasion, ni sonaba bien á los oídos del cautivo, el cual contestó:

—Que teneis fuerza y poder, señor, ni puedo, ni quiero negarlo; pero á nosotros nos favorece fé jurada, lealtad escogida, y estamos persuadidos de que el rey es demasiado caballero para no cumplir su palabra, cual cumple á un hombre de su alcurnia.

—Yo os daré cuantos bienes podais desear,—replicó Enrique impacientado.

—Tengo bienes sobrados y no quiero aumentarlos por ese camino,—respondió el jóven conde con vehemente voz:—lo que me falta es el honor de mi hermana, que habeis jurado salvar.

—En salvo está, señor conde.

—En nombre de Dios, señor, mirad lo que afirmais, porque vos decis que sí, cuando yo sostengo que no.

—Me amenazais?

—Por qué nó!—contestó tranquilamente el conde,—no somos gentiles—hombres ambos?

—Me gusta la salida, voto á brios, y estoy por complaceros.

—Segun eso, vais á mandarme poner en libertad?

—No hay inconveniente, ya que me siento con ganas de matar al que se atreve á combatir mi autoridad real; pero ecsijo revelaciones concernientes al complot.

—Y si no hubiera habido tal complot?

—Imposible.

—Todo se reduce á haber provisto á nuestra propia defensa: estad seguro de que cuanto hemos hecho, se ha encaminado á salvar nuestro honor, que veia V. M. con la mayor indiferencia.

—Si por culpa nuestra os ha resultado algun daño, bastante poder tenemos

para repararlo, y así lo harémos, comprometiendo á ello nuestra real palabra, con tal de que ante todo nos devolvais la obligacion escrita que ya sabeis.

—Observad, señor, que nos ofreceis vuestra palabra verbal, á fin de que os ayudemos á quebrantar vuestra palabra escrita.

Hacia ya rato que costaba trabajo al rey contenerse: estas últimas palabras prendieron fuego á la pólvora.

—Cómo,—esclamó,—os atreveis á insultarnos, traidor é hijo de traidor, cuando obran en nuestro poder las pruebas de vuestra felonía, cuando nos basta una palabra para acabar con vos y con vuestra raza, cuando solo nosotros podemos arrancaros del verdugo de quien os habeis hecho presa!... Pues bien, cúmplase la voluntad de Dios, procédase como manda la justicia, que en verdad no podía descargar sus golpes sobre súbditos mas detestables.

Esta amenaza fué tan infructuosa, como las palabras conciliadoras que la habian precedido, y el jóven conde fué vuelto á llevar á su prision. El rey se puso furioso y juró que los culpables pagarian con su vida los tormentos que le causaban en aquel instante; mas cuando su cólera se mitigó algo, la imágen de la marquesa, de quien seguia enamorado, se presentó á su imaginacion, y se desvaneció su enojo. Enriqueta de Entragues, que mas de una vez habia puesto á prueba el cariño de su real amante, estaba segura de que así se verificaria, así como de que no tardaria Enrique en echarse á sus piés á implorar su perdón; y por eso habia desplegado la cautiva un carácter mas altivo y á las observaciones que se le hacian en nombre del rey, al anunciarle que estaba probada la conspiracion hasta la evidencia con los documentos cojidos, y que era imposible que escapara de una sentencia de muerte, no daba mas respuesta que la de que habia hecho el sacrificio de su vida, y que moriria contenta, porque podría proclamar y probar que el rey, despues de haberla hecho madre, no la mandaba degollar, sino para poder renegar del hijo que le habia dado.

El último arbitrio de Enrique fué el de ver si intimidaba al conde de Entragues, que atribuyendo su prision á simples sospechas, mostró al principio tanta firmeza como su hija; pero cuando se le presentaron las cartas del rey de España dirigidas á él, de las cuales resultaba con toda claridad que aquel soberano se comprometia á hacer proclamar como delfin, único verdadero y legítimo sucesor á la corona de Francia, al jóven duque de Verneuil, con tal que le fuese entregado, é igualmente á dar varias plazas fuertes á los condes de Auvernia y de Entragues y á pagar á cada uno una pension de veinte mil ducados: cuando se le manifestó que al rey le bastaba dejar espedita la accion de la justicia para que fuese inevitable la pérdida del viejo conde, comenzó este á temblar, y no tardó en ofrecer la devolucion de aquella promesa de matrimonio, con la condicion de ser plenamente absuelto. Mas le hubiera dado Enrique por recobrar ese documento, que le habia causado ya tantas inquietudes: así es que le prometió la libertad; y designado por Entragues el lugar en que tenia escondido el papel en su castillo de Marcoussis, fué por fin cogido y entregado al rey.